

gemidos de los moribundos? Alejandro pasó adelante. Sin embargo, desfallecido de hambre y cansancio, muy pronto se vió obligado á detenerse. Sentóse sobre una de las riberas del arroyo, tomó algunos sorbos de agua, que le pareció muy refrigerante y de exquisito sabor. Se hizo preparar pescados salados de los cuales se hallaba bien provisto, y los sumergió en el agua para moderar lo excesivo de su acre sabor; pero cuál fué su maravilla al observar que despedían una suave fragancia. « Ciertamente (dijo) que este arroyo privilegiado con tan raras virtudes debe tener su manantial en algun rico y bienaventurado país. Busquémoslo. » Y remontando contra la corriente del agua, llegó Alejandro á las puertas del Paraíso. Estaban cerradas; llamó y del modo acostumbrado pidió se le permitiese la entrada. « Tú no puedes ser admitido aquí (gritó dentro una voz), esta es la puerta del Señor. »

— « Yo soy el señor, el señor de la tierra (replicó el impaciente monarca); soy Alejandro el conquistador; ¿por qué tardan en abrir? »

— « No (se le respondió), aquí no se conoce otro conquistador que el que doma sus pasiones; solo los justos pueden entrar aquí. »

Alejandro trató inútilmente de forzar la mansión de los bienaventurados; no le valieron amenazas ni súplicas. Viendo que todo su estudio era en vano, se dirigió al guarda del Paraíso y le habló de este modo: « Tú sabes que soy un gran rey, que las naciones me prestan homenaje; si no quieres introducirme, dame á lo ménos alguna cosa que demuestre al mundo admirado que he venido á este sitio que ningún mortal visitó antes que yo. »

— « Oh insensato (contestó el guarda), aquí tienes una cosa que puede curar los males de tu alma. Una simple mirada que le dirijas puede enseñarte mayor sabiduría que la que hasta aquí has recibido de tus antiguos maestros. Ahora sigue tu camino. »

Alejandro tomó ávidamente lo que se le daba y volvió á su tienda; pero ¡cuán sorprendido quedó al ver que el don que se le había hecho, no era otra cosa que un pedazo del cráneo de un muerto! « ¿Este es, pues (exclamó), el hermoso don que hacen á los reyes y á los héroes? ¿Este es, pues, el fruto de tantos trabajos, peligros y afanes? »

Furibundo y burlado en su esperanza, arrojó aquel miserable resto de los despojos mortales. Gran rey (le dijo un sabio que se hallaba presente), no desprecies ese donativo; por poco que parezca á tus ojos, tiene extraordinarias cualidades, como de ello puedes tú mismo asegurarte si lo pesas con el oro y con la plata.

Alejandro mandó que se probase; se trajo un peso; el resto de cráneo fué puesto en uno de sus platos y oro en el otro, y con asombro

de todos, el del hueso bajó. Se añadió otro metal y siempre fué mas ligero, de modo que cuanto mas oro se ponía en este plato tanto mas subía. « Es maravilloso (dijo Alejandro) que un pedazo tan pequeño de hueso pese mas que tanto oro. ¿No habrá ningún contrapeso que sirva para ponerlo en equilibrio? »

— « Ciertamente que sí (dijo el sabio); poco basta para ello, y tomando un poco de tierra cubrió el hueso y al momento subió el plato que lo contenía. »

— « Esto es también extraordinario (exclamó Alejandro); ¿sabrias explicarme este fenómeno? »

— « Gran rey (contestó el sabio), este fragmento de hueso es el que encierra el ojo humano, el cual, aunque limitado en su volumen, es ilimitado en sus deseos; cuanto mas tiene, mas quisiera; ni el oro, ni la plata, ni ninguna otra riqueza terrena podría satisfacerle. Pero cuando ya ha bajado á la tumba y se halle cubierto de tierra, allí está el límite de su ambición (1). »

(1) Muchos se dejan llevar de una grande admiración al leer las empresas de Alejandro Magno: no ha participado de ella el Inglés Grote, que está dando á luz una historia de Grecia. En el Macedonio no sabe ver mas que el enemigo y destructor de las repúblicas libres, un extranjero que absorbe también en sus Estados á la Grecia, quitándole la libertad. Violento y encaprichado, hombre de una vanidad desmedida, va hasta creerse hijo de los dioses: si (lo que es la única cosa en que se parece su carácter al de los helenos) admira á los héroes de Homero, para imitarlos, no repara en la atrocidad que comete contra Bátis, á quien arrastra lo mismo que arrastró Aquiles al cadáver de Héctor. Le faltaba enteramente el sentimiento de la reciprocidad de los derechos y de los deberes, que es el carácter del libre ciudadano heleno; y no solo se manifiesta cruel contra Parmenion y Filotes, mas también induce á sus oficiales á que hagan una carnicería, que solo es propia de la salvaje Iliria y no de la Grecia. Se le atribuye á Alejandro de ser el vengador de la Grecia contra los Bárbaros que un siglo y medio antes le habían incendiado las ciudades y los templos, y consideraba como enemigos y traidores de la patria á los que no se pusieran con él y contra Darío. Sin embargo, de muy distinto modo le miraban Demóstenes y los otros buenos patricios; les parecía que aquella pretensión que tenía Alejandro de ser el representante de la Grecia, era un efecto de la codicia macedónica; al paso que tanto se había desvirtuado la Grecia que solo con el apoyo de la Persia podía sacudirse el yugo de la tiranía macedónica. Habría habido iniquidad, dice Demóstenes, en hacerse el aliado de los Persas contra otros Helenos, pero no en pedir su apoyo contra un enemigo extranjero mas de temer y mas vecino.

En grado eminente poseía Alejandro la calidad de hombre de acción, y con ella ha tocado la imaginación de sus vendedores mas que ningún otro antiguo; pero no es cierto que tuviese la idea de civilizar y mejorar al linaje humano. No hizo conquistas mas que para satisfacer su desmedido amor propio; se proponía seguir el sistema persa, modificando solamente la organización militar. Condena Grote por completo la tentativa de fundir en un solo pueblo á los Europeos y á los Asiáticos; y en lugar de helenizar á la Asia, es de parecer que miraba á hacer asiáticas á la Grecia y á la Macedonia, preferiendo los usos serviles de los Asiáticos al lenguaje libre; y si la conquista echó un barniz helénico sobre el mundo oriental, el helenismo genuino, es decir, aquel conjunto de sentimientos, de ideas, de energía, que hicieron ver los Griegos mientras fueron dueños de sí mismos, jamás pasó á Asia; antes bien se quedó apagado y fueron gastándose poquito á poco su fuerza vital, su genio inventor, el poder de acomodamiento, y el activo espíritu público.

NÚM. VII

CATON.

(234 — 149 ANTES DE J. C.)

Acostumbrando los Romanos á llamar hombres nuevos á aquellos que no tenían ningún lustre por su nacimiento y que empezaban á distinguirse por sí mismos, llamaban así también á Marco Porcio Caton Tusculano; mas este decía que era nuevo en cuanto á magistraturas y gloria, pero que en acciones y virtudes de sus antepasados era antiquísimo. Al principio su tercer nombre no era Caton, sino Prisco; mas despues se llamó Caton á causa de su sagacidad, pues que los Romanos llaman *Catus* al hombre experimentado y sagaz. Era de rostro sonrosado y ojos azules, y en cuanto á la complexion de su cuerpo, con la fatiga, la sobriedad y viviendo entre la milicia desde sus primeros años, llegó á poseerla muy sana y robusta.

Por lo que toca á la elocuencia, teniéndola como un segundo cuerpo y como un instrumento bello y necesario para el que no quiere llevar una vida abyecta é inactiva, se adiestraba en ella y la ponía en práctica defendiendo y patrocinando de cuando en cuando á aquellos de las tierras y aldeas vecinas que lo necesitaban; así que al principio fué tenido por un arrojado y valiente disputador, y despues por orador de mucha habilidad. Así se fué manifestando, mayormente á los que con él trataban, la gravedad de sus costumbres y su sabiduría, por las cuales se conocía que le competía manejar grandes negocios y una República dominante y soberana, pues no solamente se abstuvo de recibir ningún género de recompensa por su trabajo y contiendas en los litigios, sino que demostraba que no hacía gran cuenta ni se contentaba con la gloria que adquiría en ellos; pues que habiendo querido hacerse mucho mas célebre en las batallas y empresas militares contra enemigos, tenía el pecho lleno ya de cicatrices, cuando todavía era jóven, diciendo él mismo, que á la edad de diez y siete años fué por primera vez á la guerra, en aquellos tiempos en que Aníbal llevaba toda Italia á fuego y sangre.

En las batallas manifestaba vigor en su mano, la firmeza y constancia en su pié, altanería y

ferocidad en su semblante, lanzando palabras amenazadoras, con áspero tono, considerando justamente y enseñando que semejantes artes intimidan á veces al enemigo mas que la espada. En las marchas llevaba él mismo sus armas, haciéndose seguir con las provisiones por un solo criado, con el cual dicen que nunca se encolerizó ni reprendió, sea cual fuese el modo con que le preparase la comida ó la cena, ántes al contrario, concluidas las obligaciones militares él mismo le ayudaba á preparar lo necesario. En el campamento bebía siempre agua, excepto cuando sentía una sed ardentísima, en cuyo caso pedía vinagre, ó cuando estaba muy enervado, que bebía un poco de vino de poca fuerza.

Junto á sus campos estaba la quinta de aquel Manio Curio que había triunfado tres veces. Por allí paseando frecuentemente observaba la breve extension de aquel poder y cuán humilde y comun era la casa, deduciendo de esto cuál debía ser aquel personaje, que siendo grandísimo entre todos los Romanos, habiendo subyugado gentes muy belicosas y arrojado á Pirro de Italia, cultivaba no obstante por sí mismo aquella propiedad, y despues de conseguidos los triunfos habitaba aquella casucha. En ella le hallaron una vez los embajadores de los Sannitas, sentado junto al hogar asando nabos, y habiéndole ofrecido mucho oro lo rehusó, respondiendo que para nada lo necesitaba el hombre á quien bastaba aquella comida, y que, en cuanto á él, tenía por mucho mas lisonjero dominar á los que poseían oro que poseerlo por sí mismo. Revolviendo estas cosas por su mente, retrocedió Caton, y considerando su propia casa, sus tierras, sus siervos y su modo de vivir, se dedicó con mas ahínco al trabajo y restringió sus gastos.

Cuando Fabio Máximo tomó á Tarento, Caton, muy jóven todavía, militó á sus órdenes, en cuyo tiempo, habiendo sido huésped de un tal Nearco, pitagórico, trató de comprender sus discursos. Oyendo disputar y decir las mismas cosas que Platon, el cual llamaba al placer un

atractivo grandísimo para el mal, y al cuerpo la calamidad primaria del alma, del cual se purga y libra con las consideraciones que mas la separan y alejan de las pasiones del cuerpo mismo, sintió mucho mayor apego á la parsimonia y temperancia. Dicese tambien que, algo tarde, se dedicó al estudio de las letras griegas, que era ya de edad avanzada cuando hojeó libros de aquella nacion, y que de Tucídides y mucho mas de Demóstenes sacó grandes ventajas para su elocuencia. Realmente sus escritos están abundantemente adornados de máximas é historias griegas, y entre sus apotegmas y sentencias, hay gran número de ellas traducidas literalmente de aquellos autores.

Valerio Flacco, personaje de la primera nobleza y de grande autoridad entre los Romanos, con su mucha agudeza, era apto para conocer la virtud, aunque fuese naciente, y dispuesto ademas, por su humanidad, á fomentarla y hacerla gloriosa. Este tenia propiedades que colindaban con las de Caton, y habiendo oido hablar á sus familias de lo mucho que trabajaba, su modo de vivir, y habiendo escuchado con admiracion que por la mañana muy temprano iba al Foro para defender en los litigios á los que recurrían á él, y que volviendo á sus tierras se ponía á trabajar á la par con sus mismos criados, cubierto con una de aquellas túnicas llamadas *exomides* si era invierno, y desnudo si era verano, sentándose despues con ellos, comiendo un mismo pan y bebiendo de un mismo vino, y habiendo oido igualmente otros rasgos de su afabilidad y moderacion, como igualmente algunas sentencias, lo mandó convidar á cenar. Habiendo conocido y frecuentando su trato, y experimentado su natural benévolo y cortés, el cual era como planta que necesitaba ser cultivada y trasportada á mejor terreno, le aconsejó y persuadió que se fuese á Roma á tomar parte en el manejo de la República. Fué, y muy pronto, por medio del ejercicio de la abogacia, adquirió admiradores y amigos. Habéndole provenido del mismo Valerio mucho honor y autoridad, consiguió ser nombrado primeramente tribuno de los soldados, despues cuestor, y habiéndose hecho eminente é ilustre, concurrió juntamente con Valerio á los mayores cargos, siendo cónsul junto con él y censor mas tarde.

De entre los ciudadanos mas viejos, aquel con quien mas simpatizó fué Fabio Máximo, personaje glorioso y sumamente autorizado, á quien se propuso imitar en costumbres y género de vida, así como en sus bellísimas acciones. Por esta razon no tuvo reparo ninguno en mostrarse adverso y contrario al grande Escipion, jóven todavía, que por emulacion y envidia parecia oponerse á la grandeza de Fabio, así que habiendo sido enviado con el mismo Escipion, en calidad de cuestor, á la guerra africana, y visto que allí tambien se trataba este con su acostumbrada suntuosidad y que repartía inmoderadamente dinero entre sus soldados,

habló con toda libertad, diciendo que lo que mas debía sentirse no eran los gastos desmesurados, sino que de este modo se corrompía la acostumbrada frugalidad de la milicia, la cual, con lo que le habia suministrado mas allá de sus necesidades, se entregaba al lujo y á los placeres. Á esto respondia Escipion que no necesitaba de un cuestor tan exacto al partir á velas desplegadas para la guerra, y que debía hablar á la ciudad, no del dinero sino de las empresas. Partió Caton de Sicilia, llegó á Roma, y habiendo empezado á gritar, junto con Fabio, en el Senado, que Escipion gastaba cantidades indecibles, y que se entretenía puerilmente en teatros y palestras, como si hubiese sido enviado, no para ser jefe de un ejército, sino para celebrar fiestas, consiguió que se enviasen tribunos de la plebe para que lo condujesen á Roma, si hallasen ser verdaderas las acusaciones que contra él se habian lanzado; pero despues de haberles demostrado Escipion que la victoria consistía en los grandes preparativos que hacia para aquella guerra y que era verdad que se solazaba con sus amigos el tiempo que le dejaban libre aquellas ocupaciones, pero que por efecto de su dispendiosa liberalidad no se habia descuidado ni emperizado en las cosas serias é importantes, se incomodó y se fué á la guerra.

Entretanto crecia cada dia mas el poder y autoridad que iba Caton adquiriendo por medio de su elocuencia, de modo que le llamaban el Demóstenes romano; pero mucho mas célebre y decantado lo hacia su género de vida, porque la elocuencia era ya entonces cosa á la cual, aspirando todos los jóvenes generalmente por medio del estudio, procuraban á porfia conseguirla; mas era muy raro que alguno quisiese trabajar por sí mismo la tierra, conforme á la antigua usanza de la patria, que gustase de una cena parca y humilde, una comida hecha sin lumbre, un vestido sencillo y de poco valor, y una habitacion vulgar; pocos, finalmente, los que tuviesen en mas aprecio no buscar lo superfluo que poseerlo, pues que ya, en su engrandecimiento, la República no conservaba su acostumbrada pureza, sino que con haber extendido su dominio sobre muchas naciones que habia sojuzgado, y con el manejo de grandes negocios, se habian mezclado las costumbres y habia dado acogida á ejemplos y maneras de vida de todas clases.

Con razon, pues, era Caton admirado de aquellos que veían á los demas flojos para el trabajo y enervados por los deleites, mientras que él era infatigable en aquel y no se dejaba vencer por estos, no solo cuando era jóven todavía, deseoso de adquirir honores, sino cuando era ya viejo y cano, despues del consulado y el triunfo, como atleta que, conseguida la victoria, sigue todavía ejercitándose y manteniendo este método mientras vive.

Cuenta él mismo que nunca llevó vestido que costase mas de 100 dracmas, ni habia bebido, siendo capitán del ejército y cónsul, diferente

vino del que bebían los soldados; que habia gastado, si, treinta ases en proveerse de lo necesario para la cena; pero que lo hizo por el bien público para fortificar el cuerpo para las funciones militares. Tambien cuenta que habiendo heredado una alfombra de Babilonia, de varios colores, la vendió inmediatamente; que entre sus habitaciones campestres, ninguna habia enlucida; que no compró jamas esclavo alguno que costase mas de 1,500 dracmas, y que no los queria delicados ni bellos, sino trabajadores y robustos, pues tenia necesidad de hombres que cuidasen caballos y bueyes, y era de opinion que cuando estos esclavos eran viejos convenia venderlos, para no gastar con personas inútiles. En suma, decia que ninguna cosa superflua puede llamarse barata; que lo que no se necesita debe reputarse como cosa costosa, aun cuando se haya comprado por un as, y que es mejor poseer terrenos de pan llevar y de pasto que jardines y casas de recreo. Algunos atribuían su conducta á tenacidad, y otros creían que se reducía para corregir y moderar á los otros con su ejemplo; pero Caton dice, gloriándose de ello, que en Iberia hasta dejó el caballo de que se habia servido en las expediciones, siendo cónsul, á fin de que no se cargase en cuenta de la República el gasto del transporte.

El lector juzgará si semejantes hechos deben atribuirse á magnanimidad ó á mezquindad; mas excepto en esto, era admirable en su parsimonia, pues en el tiempo que fué jefe del ejército, no tomó para sí y su comitiva mas de tres modios áticos de trigo al mes, y ménos de un modio y medio de cebada al dia para sus caballos y animales de carga.

Habiéndole tocado el gobierno de Cerdeña, en el cual sus predecesores estaban acostumbrados á tener pabellones por cuenta del tesoro público, lechos y togas, gran número de siervos y amigos, infiriendo grandes perjuicios con sus dispendios y aparatos en las comidas, él por el contrario, se diferenció de ellos por su frugalidad, pues para nada necesitó gastar del público, de modo que cuando iba á las ciudades sujetas era, no en coche sino á pié, con un solo ministro público, que le llevaba un vestido y un vaso para hacer libaciones en los sacrificios.

Con semejantes acciones demostraba á sus gobernados cuán fácil y sencillo era su carácter; pero mostraba por otro lado su gravedad y severo continente, siendo inexorable en las cosas justas y rígido é inflexible en querer puntualmente ejecutadas las órdenes que daba, por manera que la dominacion romana jamas fué para aquellas gentes mas amable ni mas terrible á un mismo tiempo. Semejante era su modo de raciocinar, esto es, suave y grave, dulce y violento, jocoso y austero, sentencioso y provocador, así como dice Platon de Sócrates, que parecia exteriormente, al que por primera vez le hablaba, rústico, satírico y contumelioso,

tratado á fondo se le veía lleno de seriedad y de sentimientos tales que conmovía los corazones y arrancaba lágrimas á sus oyentes.

Siendo yo de opinion que la índole y costumbres de los hombres mas se manifiestan por el modo de producirse que por el aspecto, referiré algunos breves dichos suyos. Tratando una vez de disuadir al pueblo romano de la distribucion de los granos que querían se hiciese fuera de tiempo, principió su razonamiento en esta forma: « Ciertamente que es cosa desagradable » y difícil, oh ciudadanos, hablar al estómago » puesto que no tiene oídos. » Otra vez, reprendiendo la soberbia suntuosidad, dijo que era empresa difícil salvar á una ciudad, en la cual se vendía mas barato un buey que un pescado. Tambien comparó los Romanos á las ovejas, porque, así como estas, separadamente y una á una, no se dejan conducir, pero que todas juntas siguen al que las guía, « así vosotros, » continuó, cuando estáis juntos os dejáis guiar » por aquellos consejeros cuya opinion no os » dignaríais aceptar separados unos de otros. » Disputando sobre la autoridad que se arrogaban las mujeres: « Todos los hombres, dijo, mandan » á las mujeres, nosotros á todos los hombres, » y las mujeres á nosotros. »

Comparaba á los que con frecuencia intrigaban para obtener el consulado, á las personas que, ignorando el camino, quieren llevar siempre delante á los lectores para no equivocarse. Reprimiendo á los ciudadanos, porque muchas veces daban el mando supremo á los mismos personajes: « Parece, decia, que creéis que no » sea cosa digna de honor semejante mando ó » que no haya muchos dignos de tenerlo » Cuando el rey Euménés fué á Roma, el Senado lo recibió pomposamente, obsequiándolo á porfia los principales; pero Caton mostró claramente que lo miraba con desagrado y desafecto, y cuando le dijeron: « Que era un rey » bueno y amigo de los Romanos, respondió: » Será; pero el rey es por naturaleza un animal » carnívoro, y ninguno de los reyes reputados » por mas felices puede compararse con Epaminondas, Pericles, Manio Curio ó Amílcar » Barca. »

Decia que sus enemigos le envidiaban, porque descuidó sus asuntos privados y se levantaba todas las noches para atender á los públicos; que queria que no se le agradeciese el bien que hacia; pero que queria ser castigado por lo malo y que perdonaba las faltas de todos, mas no las suyas. Habiendo elegido los Romanos tres embajadores para enviarlos á Bitinia, uno de los cuales padecía gota, otro tenia un hoyo en la cabeza, por haberle sido perforado el cráneo, y el tercero era tenido por imbécil, dijo Caton riendo, que los Romanos mandaban una embajada que no tenia piés, cabeza ni corazón. Habiendo hecho Escipion, por respeto á Polibio, que intercediese á favor de los Aqueos desterrados, mientras que la cuestion se agitaba en el Senado, queriendo unos que fuesen

llamados y contradiciéndolo otros, Caton se levantó y dijo: « Como si no tuviésemos otra cosa que hacer, estamos aquí sentados un día entero, para disputar si aquellos Griegos de créptos han de ser llevados á la sepultura por nuestros sepultureros ó por los de Acaya. » Habiéndoseles decretado la vuelta pocos días despues, Polibio, que era uno de ellos, procuraba entrar nuevamente en el Senado para hacer que los desterrados obtuviesen otra vez los honores que anteriormente habian obtenido en Acaya, tratando de indagar cuál era el parecer de Caton en esta materia; pero este, sonriendo, dijo que Polibio no hacía como Ulises, sino que queria volver á entrar en la caverna del ciclope para recuperar el casco y el cinturón que en ella habia olvidado.

Decia que los juiciosos sacaban mas ventajas de los necios que estos de aquellos, porque los primeros se guardan de los errores de los segundos y estos no imitan las rectas operaciones de los juiciosos. Decia de los jóvenes que le gustaban los que se ruborizan mas que los palidecen, y que no queria tener soldado que al marchar moviese las manos y los piés al combatir, y que roncase mas fuerte durmiendo que gritando en la pelea. Reprendiendo á un hombre desmesuradamente gordo: « ¿En qué, dijo, puede ser útil á la ciudad semejante cuerpo en el cual entre cuello é ingles no hay mas que vientre? » Habiendo querido familiarizarse con él un voluptuoso, lo alejó diciendo: « Que no hubiera podido vivir con un hombre que tenia el paladar provisto de mejores sentimientos que el corazón. »

Tambien dijo que el alma del amante vive en cuerpo ajeno, y que en el curso de su vida solo se arrepentia de tres cosas: haber confiado un secreto á su mujer, haberse embarcado cuando podia haber ido, á pié, y haberse pasado un día sin hacer nada. Á un viejo que llevaba una vida depravada dijo: « La vejez tiene muchas cosas feas; pero no quieras tú añadir la iniquidad á la fealdad, » y á un tribuno de la plebe, sospechoso de haber hecho uso de un veneno y que con grandes instancias proponia una ley mala y perniciosa, dijo: « Mucho chacho, no sé qué cosa es peor, si beber lo que tú mezclas ó autentizar lo que escribes. » Insultado por una persona que vivia torpe y malvadamente, contestó: « Desigual es entre nosotros la pelea, porque tú escuchas con facilidad los improperios que te dicen, y con gusto, tambien, los pronuncias, y á mí no me gusta decirlos, ni estoy acostumbrado á escucharlos. »

Nombrado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y familiar, tocóle por provincia la España Citerior, en la cual, mientras que subyugaba muchas gentes con las armas y á otras muchas aplacaba con su elocuencia, se vió acometido por un ejército de Bárbaros, corriendo peligro de verse vergonzosamente rechazado; así que mandó llamar en su ayuda á sus ve-

cinos los Celtíberos; mas habiendo estos pedido doscientos talentos en recompensa, decian los demas que no debía permitirse que los Romanos recompensasen su asistencia á los Bárbaros; pero Caton hizo observar que semejante pretension nada tenia de grave ni intolerante, porque, si hubiesen vencido, les hubiera pagado, no de lo suyo, sino con lo de los enemigos, y si hubiesen sido vencidos, ya no hubiera habido ni quién pagase, ni quién exigiese la deuda.

Venció en aquella batalla, saliéndole todo lo demas perfectamente y con decoro. Dice Polibio que por mandato suyo fueron arrasadas en un solo día las murallas de las ciudades que están á la parte de acá del Rio Bétis, las cuales eran muchas y defendidas por hombres belicosos, y el mismo Caton asegura que el número de las ciudades que tomó fué mayor que el de los días que permaneció en Iberia, lo cual no es una fanfarronada, porque fueron cuatrocientas. Si bien en aquellas expediciones sus soldados habian adquirido mucho, dió, no obstante, una libra de plata á cada uno, diciendo que era mejor que muchos Romanos volviesen á su país con plata que pocos con oro, y en cuanto á él, protesta que, de todo aquel botín, no llevó mas que lo que habia comido y bebido: « No porque yo quiera inculpar á aquellos que tratan de ganar en estas cosas, sino que prefiero competir en virtud con los hombres virtuosos que en riquezas con los ricos, y en avaricia con los avaros. » Así que no solo él, sino ninguno de los que le rodeaban, permitió que se enriqueciesen con aquel botín. Tenia consigo en el ejército cinco criados, uno de los cuales, llamado Pacco, habiéndolo comprado tres jóvenes prisioneros de guerra, y sabiendo que esto habia llegado á noticia de Caton, antes que volver á presentársele prefirió ahorcarse. Caton vendió los prisioneros y llevó su producto al erario público.

Mientras permanecia en España, Escipion el Grande, que era ya enemigo suyo y queria oponerse á sus felices progresos y suplantarlo en el manejo de los negocios, hizo que se le nombrase su sucesor en el gobierno de aquella provincia, partiendo con la mayor celeridad posible á quitar el mando á Caton; pero este, tomando cinco cohortes de infantes de pesadas armaduras, precedido por quinientos caballeros, subyugó á los Lacetanos, y habiendo cogido á seiscientos desertores suyos, los hizo degollar á todos; motejando despues irónicamente á Escipion que lo compadecia y mostraba tenerle mucho resentimiento, dijo, que Roma llegaria á ser grandísima cuando las personas principales y mas encumbradas no se dejasen superar en virtud por las menos nobles, y cuando compitiesen en virtud hasta los plebeyos, así como él competia con los que por nacimiento ó gloria le eran superiores.

Habiendo decretado sin embargo el Senado que Escipion no debía cambiar ni remover nada

de lo que Caton habia obrado, se vió aquel en su gobierno precisado á disminuir ántes su propia gloria que la de Caton, pues tuvo que permanecer inactivo todo aquel tiempo. Caton, despues que hubo triunfado, no hizo como la mayor parte de los hombres, que combatiendo, no por la virtud, sino por la gloria, cuando consiguen llegar á los supremos honores y han conseguido el consulado y el triunfo, se retiran de la República, pasando el resto de su vida entregados al ocio y los placeres; por el contrario, él ni se relajó ni renunció á la virtud, sino que semejante á aquellos que por primera vez entran en los negocios públicos, y se sienten acosados por una sed ardiente de honores y gloria, tomando nuevos puntos de partida, dedicóse con mayor vigor al servicio de los amigos y de los ciudadanos, no rehusando nunca emplearse en la defensa de las causas y en los oficios de la milicia. Fué inútil su cooperacion al cónsul Tiberio Sempronio, enviado á Tracia é Istro, y al cual acompañó como logarteniente; pasó despues á Grecia de tribuno de los soldados, junto con Manio Acilio, contra el grande Antíoco, el cual, despues de Anibal fué el que llevó á los Romanos mayor espanto, habiendo recobrado poco menos que toda el Asia, poseída ya por Seléuco Nicanor, y sometido muchísimas naciones belicosas de Bárbaros. Caton arrojó á estos de Corinto, de Patra y de Egio, permaneciendo despues mucho tiempo en Atenas.

Cuéntase que dirigió un discurso en griego al pueblo, en el cual celebró la virtud de los antiguos Atenienses, y el gran placer que habia experimentado al ver la grandeza y hermosura de aquella ciudad; pero esto no es verdad, porque habló á los Atenienses por medio de intérprete, no porque dejase de saber hablar en griego, sino porque quiso mantenerse en los usos de su país, riéndose de los que admiraban las cosas griegas. De aquí es que habiendo escrito Postunio Albino una historia en griego y pedido por ello perdon, él se mofó, diciendo que realmente debía ser perdonado si habia sido obligado á ello por decreto de los anfictiones. Dicese que los Atenienses se admiraron de su velocidad en el decir y de la fuerza de las expresiones, porque lo que él exponia brevemente, era referido por el intérprete con un largo giro de palabras; en suma, hizo que se creyese que á los Griegos las palabras solo salian de los labios y á los Romanos del corazón.

Habiendo fortalecido Antíoco los desfiladeros que rodean á las Termópilas, y rodeado de estacadas y murallas aquellos sitios que naturalmente eran ya fuertes por sí mismos, se acampó en ellos y creyó que de aquel modo habia concluido la guerra; los Romanos desesperaban totalmente de forzar el paso, atacándolo de frente; pero habiendo recordado Caton el rodeo y giro que en otro tiempo dieron los Persas, tomando parte del ejército, emprendió de noche la marcha, superó los estrechos y venció al enemigo. Caton que, segun parece, era pró-

digo siempre en darse alabanzas á sí propio, evitaba vanagloriarse abiertamente, y considerando aquel resultado como consecuencia de sus grandes operaciones, se envaneció mas que nunca y encareció con sus elogios aquella empresa; cuenta que los que en aquella ocasion lo vieron batir y perseguir al enemigo, quedaron bien persuadidos que no era Caton tan deudor al pueblo como el pueblo deudor á Caton, y que el mismo cónsul Manio, entusiasmado aun por la victoria, abrazándole á él, que tambien lo estaba, y teniéndole largo rato las manos puestas sobre los hombros, exclamó lleno de alegría, que ni él ni todo el pueblo romano podrian recompensar plenamente los méritos de Caton.

Despues de la batalla fué él mismo enviado á Roma á llevar la nueva de sus propias operaciones. De las acciones de guerra llevadas á cabo por Caton, estas son seguramente las mas considerables y decantadas. Despues, en cuanto á su conducta civil, se vió que no tenia en poco ni por cosa digna de ligera atencion el acusar y perseguir á los malhechores; así que persiguió personalmente á muchos, uniéndose con los que los perseguian, persuadiendo é instruyendo á otros á prestar aquel servicio, como indujo á Petilio contra Escipion; pero como este era de una gran familia y lleno de verdadero valor, despreciaba las acusaciones: así que conociendo Caton que no podia vencerlo, lo dejó y se alzó con otros acusadores contra Lucio, hermano de aquel, y lo hizo condenar á pagar gran cantidad de dinero al erario público, y no pudiendo satisfacerla, corrió peligro de ser puesto en prision; pero con mucho trabajo, apelando á los tribunos de la plebe, pudo librarse.

Hebiendo hecho castigar un jovencito á un enemigo de su difunto padre, dicese que Caton se le presentó, cuando cumplida la sentencia pasaba por la plaza, le tomó la mano y le dijo que se deben hacer las exequias y sacrificios á los padres, no con ovejas y caneros, sino con lágrimas y con el castigo de sus enemigos.

Pero él mismo no pudo eximirse en los negocios de la República de las acusaciones, ántes al contrario, cuantas veces dió motivo á sus enemigos para que lo atacasen, se vió siempre llamado á juicio y expuesto al peligro mientras que vivió. Cuéntase, pues, que fué acusado poco menos de cincuenta veces, la última de las cuales era ya anciano de ochenta y seis años; entónces fué cuando profirió aquel célebre dicho: « Que era cosa muy dura haber vivido entre unos hombres y entre otros tener que justificarse y defenderse. » No puso fin allí á las contiendas, ántes acusó á Servio Galba, cuatro años despues, esto es, cuando tenia noventa, de modo que vivió hasta la tercera generacion, siempre laborioso, habiendo estado muchas veces en controversia en el gobierno de la República con el grande Escipion, como se ha dicho. Y llegado hasta los tiempos del